

Reseñas

Reseña de *Violence at the Urban Margins*, Javier Auyero, Philippe Bourgois y Nancy Scheper-Hughes (eds.), Oxford University Press, 2015.

Jacinto Cuvi
Universidad de Neuchâtel (Suiza)

La violencia parece haber invadido la vida cotidiana de todas las personas en el siglo XXI. Sin embargo, los esfuerzos por entender el fenómeno desde las ciencias sociales se enfrenta no solamente con su ubicuidad, sino también con la diversidad de sus formas. La violencia está en las calles, en las casas, en las cárceles, en las mentes, en las familias y en los cuerpos. Los estudios criminológicos, a pesar de sus aportes estadísticos y analíticos, dejan de lado aquello que más importa desde el punto de vista de quienes la ejercen y la padecen: los significados que tiene la violencia. Sólo una perspectiva etnográfica puede capturar los diversos sentidos que dan a la violencia quienes la experimentan como hechores o como víctimas.

Ese es el objetivo del libro *Violence at the Urban Margins*, editado por Javier Auyero, Philippe Bourgois y Nancy Scheper-Hughes. El libro ofrece una colección de estudios sobre violencia urbana en Estados Unidos y América Latina. Al incluir trabajos sobre ambas regiones, el libro busca abrir un diálogo entre mundos que, a pesar de sus muchas semejanzas y conexiones, son estudiados por separado, conforme al principio de especialización geográfica de los saberes académicos.

La riqueza empírica del volumen es uno de sus puntos fuertes. Los temas tratados van desde los pandilleros en Managua a los vendedores de droga en Filadelfia, pasando por las autodefensas en el nordeste brasileiro y las madres venezolanas. Cada capítulo ofrece una mirada íntima a lo que sienten y viven los personajes. Esa mirada permite entender por qué los actores participan en actos dañinos para su entorno y para ellos mismos.

Para adolescentes marginales en Medellín, por ejemplo, ejercer la violencia significa hacerse hombre y, por lo tanto, acceder a aquello que anhelan todos los jóvenes, ricos y pobres de la ciudad: plata, respeto, sexo. Para algunos padres de familia en las villas miseria de Buenos Aires, en cambio, ejercer la violencia significa (o puede significar) proteger a tu hija: por lo tanto, cumplir con el deber paterno. Al mismo tiempo, para muchos adolescentes, la violencia y su desenlace, la muerte, han perdido sentido. Antes, desafiar a la muerte en

medio de balaceras era una manera de afirmar su lealtad a su banda y a su barrio, y los muertos recibían homenajes heroicos. Hoy la muerte “vale verga” y matar es un deporte.

Las víctimas, por su parte, también buscan dar sentido a la violencia que experimentan, a la vez que se acostumbran, sin dejar de sufrir. Las madres nordestinas que ven morir uno tras otro a sus recién nacidos los entierran sin llanto. Pero sólo consiguen ese nivel de desapego a través de un relato simbólico que asemeja sus hijos difuntos a ángeles y compara su muerte a la muerte redentora del Cristo. Otras violencias superan cualquier esfuerzo interpretativo. Apoyándose en fotos y sin pretensión teórica, Kevin Lewis O'Neill y Benjamin Fogarty-Valenzuela buscan reflejar el encierro abrumador de adictos en rehabilitación dentro de centros semi-penitenciarios evangélicos en Guatemala. El resultado es conmovedor.

Los sentidos de la violencia van asociados a prácticas, que los autores también describen y analizan. En medio de la violencia que azota los márgenes urbanos, los pobres buscan maneras de protegerse, de aguantar, de construir y hasta de disfrutar de los pocos espacios de paz que les quedan. Los capítulos de Villareal, Auyero y Kilanski y Zubillaga et al. estudian las respuestas de las víctimas, que pueden ser individuales o colectivas, pacíficas o violentas. Aunque la violencia abrumba y aísla, también acerca y une, sostiene Villareal. Así, en Monterrey, la inseguridad incitó una política de recuperación de espacios urbanos para fines recreativos, donde vecinos que no se veían desde hace años se vuelven a encontrar. Por otro lado, Zubillaga et al. muestran cómo las llagas de la violencia (los resentimientos, impulsos, fragilidades) minan esfuerzos aparentemente exitosos de conciliación entre pandillas.

El libro no propone un enfoque teórico general. De hecho, la densidad teórica de los capítulos varía mucho, desde capítulos sin ninguna referencia teórica hasta otros que hacen uso de autores muy diversos. Thompson, Bourdieu y Foucault son figuras recurrentes. Por otro lado, cualquier intento de imponer un marco interpretativo único a las tantas expresiones de un fenómeno complejo estaría condenado al fracaso. Y cada autor logra, con relativa claridad, iluminar los hechos de los que se ocupa.

Sin embargo, un esfuerzo más sistemático por contrastar los hallazgos empíricos de los distintos capítulos arrojaría resultados interesantes. Por ejemplo, diversos actores sugieren que en un entorno dominado por la violencia, la violencia es la única manera de alcanzar objetivos socialmente legítimos. Son objetivos que, en otra época, podían ser alcanzados por medios socialmente legítimos, es decir, no violentos. Los autores hacen referencias puntuales al trabajo de sus coautores, pero el análisis comparativo corre en gran medida a cuenta del lector.

Por otro lado, Scheper-Hughes reprocha a sus colegas la falta de reflexión sobre el contexto político y los orígenes estructurales de las violencias que estudian. ¿Qué grupos sociales se benefician con la violencia? ¿Cuáles la financian? El reproche no es del todo justificado. La mayoría de los autores busca insertar su objeto en tendencias históricas y sociales más amplias, destacando en particular el papel del Estado, muchas veces cómplice; cuando no, ejecutor. Y el capítulo final, escrito por Philippe Bourgois, retoma ese argumento en

perspectiva histórica, vinculando la evolución de la violencia a las políticas de Estados Unidos y al tráfico de drogas. Ese capítulo da el contexto geopolítico. Por eso vale la pena leerlo antes de abordar los casos de estudio.

Es difícil, al cerrar el libro, desprenderse de la sensación de que los márgenes urbanos del sur y del norte están condenados a un infierno de balas, drogas, sangre y sufrimiento. Quizás los recién nacidos ya no mueren con la misma frecuencia que hace unas décadas, pero crecen “en un barrio lleno de drogas y criminales” para ser usados por delincuentes y luego ejecutados por esos mismos delincuentes en nombre del orden público y la paz social. Sin embargo, los escenarios de la violencia no se limitan a esos espacios: conforme a la intención anunciada en la introducción, el libro logra mostrar a las clases medias latinoamericanas que sufren y se quejan de la inseguridad generalizada. Experimentan la profundidad y omnipresencia de los mismos sentimientos que encontramos en los márgenes.